

YEGO

CUENTO N° 266

TÍTULO: EL VUELO DEL ESPANTAPÁJAROS

SEUDÓNIMO: YEGO

AUTOR: SERGIO DEL C. MELGAREJO FUENTEALBA

EL VUELO DEL ESPANTAPÁJAROS

La abuela Matilde no tiene términos medios en cuanto a genio se trata. Vieja soltera, hosca, y dura de carácter (desde pequeña no aguantaba pelos en el lomo), nunca quiso vivir con nadie luego del fallecimiento de su hermana menor, último eslabón de la familia. Sus 80 años de edad enarbolan lucidez en ese rostro surcado de arrugas que, como bandera de lucha, se incorpora al agreste paisaje de la casa quinta llamada “El Rincón de los Ciruelos” herencia familiar de sus padres. La casa, una pequeña construcción enteramente pintada de verde, camufla el sector del barrio otorgándole una rara y precisa definición. Matilde ama la quinta, según sus propias palabras, porque allí se respira sudor y lágrimas desde adentro y eso le hace probar ante los ojos de los vecinos la existencia de un Dios en la palabra murmurante de la hierba y de aquellos añosos árboles tantas veces cortados de raíz y que, sin embargo, insisten con tenacidad en hacer brotar una y otra vez los sueños de la familia. Pero los extremos siempre tienen sus límites y en ese paisaje venido de la infancia su privacidad se ve muchas veces amenazada por el autoexilio impuesto que insiste en sobrevivir al calor de antiguas heridas familiares. Allí fallecieron, uno por uno, todos los integrantes de la familia y hoy lo único que predomina es la presencia directa o indirecta primero, de los pájaros que la acompañan con una fe interesada en los restos de comida compartidos por Matilde y, segundo, de su fiel “Edo”, un enorme y viejo gato angora de ojos azules que se echa a sus pies a dormir la pereza. Ella lo observa

complacida mientras el animal, como si levitara, se siente a gusto dejándose querer y apuesta al ronroneo para calmar las inquietudes de la anciana.

“Lo bueno que tienen los pájaros y los animales es que no la desconocen a una, como hacen las personas” dice Matilde, sentada en un desvencijado banquito de madera apoyado en el último escalón que da acceso a la entrada de la casa. Acostumbrada a la soledad mira con tristeza como pasa una tarde más de calurosa estación mientras desmenuza, sobre su amplio faldón de lana, un pan añejo para alimentar a las palomas que se arremolinan inquietas sobre su cabeza y observa cómo crece y crece junto a su casa aquel edificio. Pero no solo son las palomas las que vienen hacia ella, también hay zorzales y tordos y los infaltables gorriones que llegan a disputarse el título de dominio sobre esas migajas. Flanqueada por los cuatro costados de antiguos árboles frutales son los ciruelos, duraznos y limoneros los que le dan vida y sentido de quinta al entorno de la casa transmitiéndole una grata sensación de seguridad.

Una tibia mañana de marzo llegó un alboroto al sitio vecino. La presencia de grandes maquinas que muy pronto comenzaron a trabajar removiendo la tierra sacaron a Matilde de su modorra habitual. Ella nunca había visto reunirse tanta gente en torno a un objetivo común *¿Pensarán sembrar?* A los pocos días, luego de mirar a través del cerco vecino, pudo percatarse que se estaba abriendo un profundo hoyo en la tierra y que los hombres que iban y venían como hormigas eran nada más y nada menos que trabajadores de una empresa constructora y

que lo que se iniciaba allí era la construcción de un nuevo edificio de altura para el sector que vendría a poner a prueba la opinión que ella tenía sobre el progreso.

Sobre el borde del pequeño banco una vieja radio Zenith la acompaña todas las tardes con su música “de ayer, de hoy y de siempre”, según sus propias palabras, música del recuerdo que acuna toda una vida llena de reminiscencias. Tangos y boleros hacen, entonces, referencia a momentos de íntimo registro e insoslayable recuerdo familiar que viene a teñir de sueños su mutilada realidad. De pronto entre la música de antaño y el ruido de las máquinas de construcción se produjo un silencio que asustó a la mujer. Miró su imagen reflejada en el vidrio de una damajuana sobre la que se encontraba plantado un brote de manzanilla y se vio irreconocible en la impresión que esa botella hizo de su figura. Recordó las palabras de su padre: *“la verdad no es ese algo que se sabe sino ese algo que se aprende”*. Eso ella lo tenía interiorizado. Se dio la vuelta y se sentó sobre el pasto húmedo alejada del bullicio de los tordos. *“No tengo que preocuparme demasiado, yo no estoy sola, los pajaritos me acompañan”*. Ahora eran las palabras del abuelo las que venían a su mente: *“cuando quieras que ningún pájaro se vaya de tu lado debes ponerle sal en las alas”*. Aquello, que en primera instancia le había parecido una clara muestra de resignación a la soledad autoimpuesta, se había transformado ahora en una forma de voluntariosa y pertinaz preocupación por lo que estaba ocurriendo con la llegada de la empresa constructora.

Abrió la puerta no sin antes mirar en derredor buscando a “Edo” y entró a la quinta. Traía en sus manos un espantapájaros que colocó en el sitio exacto de siempre. Junto al ciruelo. *“Estos vándalos se están comiendo todos los brotes”*.

Por las noches sacaba el espantapájaros y lo guardaba hasta el día siguiente no fuera cosa que se lo robaran. Se sorprendió al ver golondrinas que mecidas por el viento parecían una postal que alguien hubiera puesto allí para esperarla. Buscó la llave para abrir la puerta de casa y un sentimiento de extraña ansiedad le acicateó la mano. Se detuvo y volvió a mirar alrededor de la quinta pero no vio a nadie.

-¡Abuelita ¿qué hace con ese espantapájaros?

Matilde se sorprendió. El hombre era joven. Estaba sentado en el borde de un andamio y le sonreía desde arriba. Ella no lo conocía, nunca lo había visto y encontraba una impertinencia que le hablara. No le contestó.

-¡Cámbiele la cara al espantapájaros, abuela, y póngale un reggaeton, no a Pugliesi o Santos Discépolo!

Los ojos de Matilde se achicaron. ¿De dónde podía ese trabajador de la construcción haber aprendido los apellidos de 2 de los más grandes compositores de la historia? Mientras terminaba de acomodar el espantapájaros en la tierra el hombre continuó trabajando con un constante tarareo de las letras de tango que

fueron objeto de profunda satisfacción para Matilde. Los golpes del martillo eran rítmicos y personalizados. Casi maravillosos como en el tango Cambalache. Respiró profundo. ¡Por fin había encontrado alguien que le gustara la misma música que a ella! Le sonrió cuando él le dijo:

-¿Cómo se llama?

-¡Matilde!

-¡No abuelita, usted no... el espantapájaros ¿cómo se llama?

-¡Ninosko, así se llama!

-¡Ninosko, pero abuela por Dios ¿cómo alguien puede ponerle así a un espantapájaros, acaso es usted gitana?

Y reían.

Con el paso de los días el joven intuyó que Matilde vivía su espantapájaros. Le escobillaba la peluca de lana y lo limpiaba con ternura Como a un hijo. Luego, como si fuera un libro, le abría los brazos de par en par y lo instalaba en la tierra.

Una mañana sobre la quinta que maduraba las ciruelas y los limones a pleno sol cayó desde lo más alto una figura. Era deforme y estaba hecha de una vieja pelota de fútbol. Voló por el aire y cayó en cruz sobre el pasto humedecido. *-No se preocupe, abuelita, le conseguí otro espantapájaros, uno que no se dé por vencido ... mire, me regalaron este y ahora es suyo. Ah, y si lo abre este tiene en su interior un corazón como regalo para usted!*

Sorprendida Matilde tomó entre sus manos el espantapájaros. Comenzó a desenvolverlo, sí, tenía razón el muchacho ya que en la zona del pecho traía un chocolate en forma de corazón. *¡Me lo comeré en la noche!* , pensó, mientras agradecía mirando al cielo la llegada de su ángel.

Cuando llegaron los policías a la casa encontraron a la abuela sentada en la cama en estado de shock. Semidesnuda con el cuerpo tiritándole por completo intentó narrar lo que había pasado.

“Mire, después del chocolate que me comí me dio mucho sueño y me acosté. Tuve pesadillas. Soñé con espantapájaros y esas cosas. Nunca había soñado con eso. Puede ser un efecto de la vejez, usted sabe. Cuando me desperté en la mañana, un poco mareada y más tarde que de costumbre, encontré que algo no estaba bien, la ventana de la cocina había sido abierta y había una gran linterna sobre el comedor. En la frutera donde tenía un racimo de uvas lo encontré todo picoteado. Incluso, con maldad, me dejaron 5 granitos de uva en hilera sobre la mesa. Me asusté. ¿Quién podría ser el que entró? Comencé a revisar mis cosas y, claro, en mi cartera donde tenía la pensión faltaba mucho dinero. Pero no se lo llevaron todo porque, como burlándose, me dejaron perfectamente doblados 2 billetes de mil pesos. ¡Ah, y lo otro que se llevaron fue mi radio, mi vieja radio Zenith donde escuchaba todos los días la música de antes, aquella de ayer, de hoy y de siempre!